

consultarlas conforme va leyendo el texto; sería muy de desear que, en próximas ediciones, se pusieran las notas al pie de página.

Reiteramos nuestra felicitación al prof. Feuillet por esta espléndida obra de madurez que actualmente se nos presenta en su versión inglesa.

Juan Luis BASTERO

ARIAS REYERO, M. *Jesús el Cristo. Curso fundamental de cristología*, Eds. Paulinas, Santiago de Chile 1983, p. 349.

Más que un libro de investigación cristológica, el volumen que nos ha legado el prof. Arias Reyero es eminentemente didáctico; como dice la contraportada «el libro está escrito pensado en los laicos, catequistas, estudiantes, sacerdotes y colaboradores de la misión de la Iglesia», de aquí que, si desea abarcar a un espectro tan amplio de personas debe sacrificar la profundidad teológica por la claridad y amenidad expositiva. Aunque no por ello esté carente de rigor científico y hondura doctrinal.

El libro consta de doce lecciones y está dividido en cuatro partes de desigual amplitud.

La Introducción consta de tres capítulos, en ella se desea reflexionar sobre el estudio de Cristo. Primeramente el A. se plantea la actualidad del tema cristológico: a qué se debe el interés de muchos hombres por el conocimiento de Jesús. Su vigencia se funda en que «nos muestra en su vida la realización humana de esta respuesta» (p. 29). A continuación —lección 2^o— se pregunta ¿cómo conocer a Jesús? (p. 33). La cristología debe dar contestación a los diversos interrogantes que el hombre actual tiene sobre la persona de Cristo, por ejemplo, la unidad e identidad entre Jesús de Nazaret y el Cristo predicado por la Iglesia. Aquí el A. nos presenta un principio evidente, pero con frecuencia olvidado: «la cristología no puede eludir la respuesta a estas preguntas. Pero tampoco puede hacer de la fe una evidencia histórica. La fe requiere ciertas actitudes y, entre ellas, la humildad de reconocer que desde los datos de la historia, comprendida a la luz de la razón pura y de la ciencia, no se accede a la revelación» (p. 49). Finalmente la lección 3^o muestra el «camino para un encuentro con Jesús» (p. 51). Esta senda nos conduce en primer lugar al estudio de la Sagrada Escritura, en especial los evangelios, donde «se transmite el verdadero rostro de Jesucristo. Una lectura meditada, creyente... da un conocimiento profundo y verdadero de Jesús» (p. 57). En segundo lugar a la fe de la Iglesia, pues «al margen de la adhesión de la fe no se da un conocimiento adecuado de la Persona y obra de Jesús de Nazaret» (p. 60). Adhesión de fe que, originada por el Espíritu Santo, no concluye en el Hijo o en el Paráclito, sino en el Padre —de aquí que la cristología debe ser siempre trinitaria— y debe tener una proyección comunitaria, social, es decir eclesial, pues «sin

Iglesia no existe posibilidad de remontarse a Jesucristo» (p. 63). Por último el camino para un verdadero conocimiento de Jesús debe realizarse desde un auténtico interés por el mundo, pues debido a que el hombre es un ser social y político, la comprensión de la persona de Jesucristo «no es aislable de las responsabilidades socio-políticas de este ser» (p. 65).

La segunda parte constituye el cuerpo central de la obra y se titula «Cristología Bíblica. Jesucristo en el Nuevo Testamento». Consta de siete lecciones e intenta darnos un perfil de la vida de Jesús tal como la transmiten los Evangelios.

Comienza con una descripción del ambiente político, social y religioso del pueblo de Israel en tiempos de Cristo —lección 4^o—. A continuación presenta la persona de Jesús. A través del evangelio, el A. nos introduce en el modo de ser del Mesías: sus formas de expresarse, su amor a la naturaleza, su sentido por lo concreto y por la historia, sus enigmas y la radicalidad y urgencia de su mensaje. Por medio de las situaciones se puede conocer también la personalidad de Cristo: es un buen maestro popular, comprensivo, eminentemente religioso, «todo su ser y actuar está orientado y ordenado a hacer la voluntad del Padre» (p. 110). Esta personalidad tiene un rasgo que la define con mucha precisión: la libertad. Actúa como quien tiene autoridad, prescinde, cuando debe, de las costumbres rituales de su tiempo y se comporta libremente ante las autoridades religiosas y civiles.

Respecto a la conciencia que Jesús tenía de sí mismo el A. muestra que en El «aparece algo profundamente nuevo, que no se da en ningún otro ser viviente... Estas actitudes de la vida de Jesús y sus expresiones manifiestan que Jesús tenía una conciencia humana de ser Enviado, Mesías, Salvador e Hijo» (p. 114).

En la lección 6^o el prof. Arias Reyero presenta «el mensaje de Jesús» (p. 129). Mensaje que comprende la predicación e instauración del Reino de Dios. Cristo acepta la fe israelita, pero «muestra una imagen de Dios mucho más clara y concisa, una imagen de Dios más cercana, más íntima» (p. 144), una imagen paternal: Dios es el Padre de Jesús. A la vez, esta nueva dimensión de Dios revierte sobre el hombre, pues el Verbo se ha encarnado para hacerle hijo en el Hijo: éste es «el fundamento de la nueva imagen del hombre que aparece en el Nuevo Testamento» (p. 146). La dignidad de la persona humana viene avalada por la inmediata presencia de Dios en el hombre. El amor de Dios proyectado en el mundo conduce al amor al prójimo como segundo mandamiento, íntimamente unido al primero. El Mandamiento Nuevo es un amor participado por Cristo, más aún, es el mismo amor de Cristo. «Aquí aparece lo novedoso, lo absolutamente insólito del cristianismo, lo que no se daba en el Antiguo Testamento. El amor que Jesús tiene a Dios y a los hombres se convierte en la medida interna de todo amor» (p. 153). Finalmente el A. nos conduce a través del mensaje de Cristo a la fundación de la Iglesia, comunidad universal, cuya pertenencia se verifica por la aceptación de Jesús y de su mensaje.

Los milagros y los misterios de la vida de Jesús son los temas desarrollados en la lección 7^o. Comienza afirmando la veracidad de las narraciones evangélicas y, por tanto, la historicidad de los milagros, que tienen una dimensión religiosa, salvífica, soteriológica y escatológica. A continuación se detiene comentando las tentaciones de Jesús en el desierto, escena que es referida por el mismo Cristo a sus discípulos. Finalmente hace un análisis de la transfiguración del Señor: un relato próximo a los géneros apocalíptico y teofánico, pero que cuenta algo histórico. «Dios Padre revela la gloria de su Hijo unigénito, revela que él es el verdadero Profeta y que estar con Jesús es entrar con él en la sombra luminosa de la presencia divina» (p. 179).

El prof. Arias Reyero trata el misterio pascual en las lecciones 8^o y 9^o. Quizá sea, según mi opinión, la parte más lograda de este libro. Analiza la causa de la muerte y sale al paso de ciertas interpretaciones erróneas actuales —especialmente en algunos teólogos de la liberación— sobre este misterio: «Jesús entrega su vida por obediencia al Padre» (p. 213) y la verdadera causa de su muerte es la confesión de que «él es el Hijo de Dios bendito» (p. 212).

Los frutos de esta muerte quedan patentes: Jesús nos libera de una falsa imagen de Dios, de las diferencias humanas, del miedo a la muerte, de la esclavitud de la ley y especialmente del pecado.

La resurrección está tratada con sencillez, rigor científico y claridad. Analiza los diversos textos de la Escritura y agrupa todo ese material en los siguientes apartados: fórmulas, anuncios y relatos. Concluye afirmando que «el hecho de la fe de los discípulos nos obliga a decir que se basa en un acontecimiento que soporta y da lugar a esta fe. De ello son los testimonios que encontramos a lo largo del Nuevo Testamento. Es decir, que el anuncio revelador del ángel, el sepulcro vacío y el testimonio de las apariciones son textos que contienen una verdad histórica: Jesús ha resucitado verdaderamente» (p.260).

La lección 10^o el A. la utiliza para hablar de María y de su relación con el Redentor. Estudia principalmente dos privilegios marianos: la maternidad divina y la perpetua virginidad. A continuación, al hilo de las palabras del Documento de Puebla, pone a María como modelo de la Iglesia, como signo de la Nueva Creación y ejemplo para América Latina.

La tercera parte de este libro, se denomina «Cristología Dogmática. La confesión de fe de la Iglesia» y comprende la lección 11^o. Hace un rapidísimo recorrido histórico por las diversas herejías cristológicas y las correspondientes definiciones de fe del Magisterio. Quizá, podría haberse extendido un poco más, ahondando tanto en el origen, como en el contenido de las fórmulas dogmáticas.

En la lección 12^o, casi en un apéndice, el A. reflexiona sobre «Jesucristo en América Latina». Toma como documento base la declaración final de la III Conferencia de Puebla. En este documento «se proponen las líneas de una cristología de unión y no de separación» (p. 325).

Se encuentra en este libro, más que una profundización teológica para eruditos, una exposición clara, diáfana y didáctica dirigida a personas que desean ahondar y conocer los compromisos de su fe. Nos parece que el A. logra su cometido con acierto y sin vulgarizar o trivializar un tema tan esencial.

Me permito, no obstante, hacerle unas sugerencias de detalle por si pueden serle de interés:

a) en la lección 5º, cuando el A. trata de «Jesús hombre creyente en el Nuevo Testamento», afirma que «algunos textos del Nuevo Testamento nos dan pie para... ver a Jesús como el que tiene fe» (p. 120), expresión poco afortunada que puede inducir a error. Pues, si tomamos el término fe en su sentido técnico, no podemos decir, para recalcar la verdadera humanidad de Jesucristo, que tenía fe virtud infusa teologal. Me parece que el A. quiere expresar en esa frase que el Nuevo Testamento presenta a Jesús como el que tiene confianza, el que vive la fidelidad. Igualmente disiento del A. en la exégesis de Mc. 9,23; no veo que Jesús se denomine a si mismo como «El que cree» (p. 120), sino que la afirmación de Cristo «todo es posible para el que cree» se refiere a toda persona que acepta la fe en Cristo-Jesús.

b) Igualmente me parece que puede confundir más que instruir la expresión «puede que algunos milagros postpascuales se atribuyan a Jesús antes de la Pascua» (p. 166), tesis muy discutible y que debería fundamentarse antes de exponerla.

c) El hecho de que en Mc 16,9-20 se dé una discontinuidad expositiva con los versículos anteriores, no justifica concluir, como lo hace el A., que «es un añadido posterior tomado de otros evangelios y hecho muy antiguamente, ya en el siglo II» (p. 246). La opinión más común es aceptar que estos versículos finales del evangelio de S. Marcos, son un añadido posterior realizado por el mismo evangelista.

Quiero reiterar al prof. Arias Reyero mi felicitación por este libro, que ayudará mucho a las personas que complementan su lectura con los ejercicios exegéticos que se incluyen al final de cada lección.

Juan Luis BASTERO

Ramón GARCÍA DE HARO-Ignacio DE CELAYA, *La sabiduría moral cristiana*, EUNSA («Colección Teológica», 46), Pamplona 1986, 248 pp., 16 x 24.

Los autores, profesores de Teología Moral en el Centro Académico Romano de la Santa Cruz, ofrecen un replanteamiento puesto al día de un trabajo ya publicado bajo el título «La moral cristiana» (Rialp, Madrid 1975).

El libro es una reflexión moral, hecha desde las coordenadas actuales, sobre las cuestiones fundamentales de la vida moral. Es